

MENSAJE DEL DECANO

Un viaje a Japón

En julio de este año, quien esto escribe tuvo la oportunidad de visitar Japón donde se realizó un Congreso Internacional de Derecho Comparado. Entre otros aspectos interesantísimos que tienen que ver con conocer un poco más desde adentro la cultura de ese país, me ha parecido muy significativo transmitir estas pequeñas anécdotas que ocurrieron con ocasión de esa visita:

Previo a mi partida, un amigo médico uruguayo me comentó lo siguiente: Su hijo visitó Tokyo por primera vez y entre otras cosas decidió utilizar el servicio de transporte público para recorrer diversas partes de la ciudad, por tener fama de ser muy eficiente y puntual. En efecto, a la hora marcada se subió a un ómnibus. Cuando lo hizo estaba masticando un chicle. Una vez arriba, se percató de que había un policía dentro del vehículo que lo observó unos instantes y le hizo una seña. El joven se acercó al policía y le hizo gestos de no hablar el idioma japonés, por lo que preguntó al policía si podrían entenderse en inglés. “*¿Disculpe, habla usted inglés?*” El policía respondió afirmativamente con la cabeza y le preguntó en dicho idioma: “*¿Usted está masticando un chicle, es así?*” Ante la respuesta también afirmativa del joven, el policía prosiguió: “*Está todo bien, pero simplemente le hago una advertencia: preste mucha atención a no arrojar el chicle en cualquier sitio, porque la multa puede ser alta. Nada más.*” Y nada menos comentamos... ¿Políticas de prevención del delito? Mucho antes y prudentemente que ello: Cultura de prevención de una simple falta de urbanidad o civismo, para evitarle dolores de cabeza y de dinero a quien –por ser extranjero o ignorante - se le ocurriese o se distrajera en cometerla. Esto suele llamarse también, sabiduría.

Había un restaurante cercano al hotel donde me hospedé durante el Congreso Internacional de Derecho Comparado. Luego de probar buena comida japonesa, pedí la cuenta y me la trajeron inmediatamente; eran 2.980 yens. El comensal pagó en efectivo con tres billetes de 1.000 yens. Me trajeron enseguida el cambio con



Revista de DERECHO

DIRECTOR

Santiago Pérez del Castillo

DIRECTOR FUNDADOR

Carlos E. Delpiazzo

SUB DIRECTOR Y REDACTOR

RESPONSABLE

Miguel Casanova

CONSEJO EDITORIAL

Carlos de Cores,
Alberto Faget Prati
Jorge Fernandez Reyes
Mercedes Jiménez de Aréchaga
Pedro Montano Gómez
Beatriz Bugallo
Miguel Casanova
Juan Manuel Gutiérrez

SECRETARÍA TÉCNICA

Natalia Veloso
Sofía Maruri

CONSEJO ASESOR Y CONSULTOR

David Aronofsky
University of Montana, EEUU

Joseph Daly
Mitchell Hamline University, EEUU

Juan Cianciardo
Universidad de Navarra, España

Eduardo Valpuesta Gastaminza
Universidad de Navarra, España

dos monedas de 10 yens que dejé sobre la mesa cuando me retiré. Salí del restaurante y comencé a dirigirme a pie hacia el hotel donde estaba hospedándome. Un minuto después escucho los pasos de una chica que viene corriendo y me hace señas de detenerme. Es la joven que me sirvió la comida en el restaurante, y que me hace señas de que dejé atrás los 20 yens y me los quiere entregar porque son míos. Se produce una confusa pero simpática situación hasta que la joven acepta quedarse con las dos monedas y agradece como si fuera un enorme regalo... En Japón la costumbre de las propinas no existe. Nadie las acepta por considerarlas inmerecidas. Se cobra lo que corresponde, con impuestos incluidos y nada más.

Días más tarde me paseaba por las calles de Fukuoka entre frondosos parques y modernos edificios propios del siglo XXI. Quería llegar a un templo japonés para conocer un poco más de cerca el espíritu y arquitectura japonesa en torno a su religión. Sabía que estaba cerca, pero no tenía la certeza dónde y a qué distancia se encontraba el templo. Observé alrededor y me fijé en un joven que venía caminando con una semblanza de estudiante que podría saber algo de inglés. (Entre paréntesis la barrera idiomática en Japón en general y en Fukuoka en particular, es mucho más alta de lo que a simple vista puede creerse. La modernidad arquitectónica y tecnológica japonesa no ha sido acompañada todavía por una diversidad y actualización idiomática, ni siquiera con una *“lingua franca”* como el inglés...). Volvamos al encuentro entre el desorientado visitante y el joven con pinta de anglo-parlante. Hay un acierto parcial: el joven comprende las preguntas del extranjero en torno a dónde puede encontrarse el famoso *“shrine”* (templo). Saca su celular y con el mapa electrónico a la vista me indica: *“Estamos precisamente aquí y usted debe caminar hacia allá durante unos cinco minutos en línea recta; luego gire a su izquierda y se encontrará con el templo.”* Agradezco las indicaciones y comienzo a dirigirme en la dirección indicada. Sorpresivamente, no cinco, sino tres minutos después, me encuentro a mano izquierda con un gran edificio que no deja lugar a dudas de ser el templo que estaba buscando. Cuando ya estoy por tomar esa dirección y dirigirme hacia allí, un pequeño toque en el hombro desde atrás me hace detener y dar vuelta; es el joven que vino corriendo unas cuadras en dirección contraria hacia la que iba originariamente, cuando se encontró conmigo, y me explica en una mezcla de japlish o engjap, (como quiera entenderse), que me pide disculpas, pues sus datos habían sido un poco erróneos; el templo quedaba más cerca de lo que originariamente me había indicado y me lo muestra con la mano y gestos de pedido de perdón. Sorprendido por tanta amabilidad, por haber vuelto en la dirección contraria a la que se dirigía y por tanto empeño en servir bien y mejor a los demás, solamente atino a darle de nuevo las gracias y decirle en ese mismo japlish o engjap *“¡Que Dios te bendiga!”*

En otra de esas jornadas, me encontraba paseando por las calles de Fukuoka descubriendo y admirando la armoniosa combinación arquitectónica entre lo moderno y lo ancestral, entre el incontenible avance de elegantes edificios de vidrio y metal y antiguos templos y casas que transmiten tradiciones milenarias; conviene tener en cuenta que la altura de los edificios en dicha ciudad no es algo que resalte, son más bien bajos, dado que el aeropuerto se encuentra metido muy próximo a los puntos céntricos urbanos más concentrados y por esa misma razón, hay barrios enteros en los que los cables de electricidad no se encuentran en el aire sino que son subterráneos. En esas andanzas me

encontraba cuando recordé que debía cumplir con mis deberes de abuelo y buscar alguna juguetería para llevarle a cada uno de mis nietos un regalo japonés acorde a la edad de cada uno (todos pequeños por suerte, de cuatro años hacia abajo). Comenzó entonces la tarea de buscar algún signo o señal de juguetería y al poco rato me percaté que no iba a ser nada sencillo. Una vez más opté por preguntar y nuevamente la barrera idiomática comenzó a imponerse con fuerza. Luego de varios intentos frustrados, ingresé en una tienda dentro de un gran Shopping Mall que de juguetería no tenía ni la jota, pero que se mostraba como una tienda elegante de artículos para mujeres en la que quizás, con un poco de suerte, alguna de las vendedoras pudiera saber algo de inglés. Bingo! Una de ellas comprendió entre signos, gestos y palabras la necesidad infantil del susodicho y me dio a entender que sí, que había una juguetería cerca. Comenzó a darme las indicaciones de cómo llegar a la misma pero ahí nuevamente la incompreensión y la cara de confusión del interrogante le dio claras señales a la interrogada de que no iba a serme nada fácil encontrar el lugar. Ante el problema planteado, una práctica e inmediata solución: la vendedora le hace señas al despistado que lo siga, sale de la tienda y comienza a caminar dentro del gigantesco shopping mall; ¿una cuadra, dos? No; unas cuatro cuerdas internas, es decir más de cuatrocientos metros dentro del Mall hasta salir por la otra punta del mismo al exterior y desde allí indicarle a su seguidor con la mano un alto edificio visible y distante unos doscientos metros y completarle los datos señalándole el sexto piso, dándole a entender que, en ese edificio, en el sexto piso, encontraría una juguetería. Dicho y hecho. Luego de lo que procuró ser un efusivo agradecimiento con “harigatos” múltiples e inclinaciones de cabeza (aunque ganas no me faltaban de abrazarla por los aires) el obediente abuelo pudo ubicar la juguetería y cumplir con su deber de llevarle a cada uno de sus pequeños nietos un recuerdo infantil de Japón.

Fin de las historias. Pero hay un enlace común entre ellas: El pueblo japonés muestra y vive cotidianamente un cultivo de valores tales como el respeto, el civismo, el cuidado por el bien común, la servicialidad y amabilidad como pocos otros en el mundo contemporáneo. No lo hace por mera formalidad ni por razones de moda circunstancial. Lo hace por convicción. Las personas japonesas tienen metidos estos valores, virtudes y actitudes dentro de ellos mismos como la sangre en sus venas, como si fuera parte de sus músculos, de su ADN. Y los aplican en su vida diaria. No fue casualidad entonces ver cómo durante el campeonato mundial de fútbol en Rusia, la hinchada nipona juntaba los restos de papel, comida, o vasos y botellas con grandes bolsas en los estadios donde habían concurrido una vez finalizados los partidos. Eso no es un asunto de marketing; es un tema que tienen incorporado en su identidad cultural por educación, desde temprana edad.

Conviene recordar que los antepasados de estos mismos actuales ciudadanos, en un tiempo no tan lejano, pues 70 o 75 años no son nada en términos de historia de la humanidad, fueron los que “recibieron” dos impactos atómicos en Nagasaki e Hiroshima que diezmaron a cientos de miles de ellos con muerte y secuelas de enfermedades espeluznantes para ellos y sus descendientes. Son también los que siguen recibiendo cada tanto las conmociones de tsunamis, terremotos o tifones.

¿Conclusiones? Este pueblo y esta cultura sabe perfectamente lo que es sufrir de verdad. Conoció muy de cerca la devastadora consecuencia de padecer una y más guerras. Pero también supo cómo obtener, a partir de esos mismos sufrimientos y tragedias, un montón de lecciones. Y supo cómo reconstruir no solamente sus ciudades, sus poblados

y espacios verdes. Aprendió a reconstruirse a sí mismo como pueblo y a preservar su cultura, sin por ello menospreciar a las ajenas. Por el contrario, las asimiló con genuino interés y ganas de superarse día a día. ¡Y vaya que lo logró! Sin resentimientos, sin intenciones revanchistas y sin nostalgias de tiempos pasados, Japón y su extraordinaria gente es hoy ejemplo de modernidad y progreso, de respeto por el eco-sistema, de avances tecnológicos, de tolerancia bien entendida, de amable, cuidadosa y responsable a la vez apertura al mundo como pocos otros países del planeta.

Las anécdotas comentadas son simples muestras o perlas de un largo collar. Sospecho que este collar seguirá alargándose y enriqueciéndose en los años por venir. Qué bueno sería que nosotros los uruguayos los imitéramos no solamente a recoger la basura, como algunos lo hicieron durante el Mundial de Fútbol, sino en muchos otros aspectos de nuestra diaria convivencia.

Noviembre, 2018

Nicolás Etcheverry Estrázulas